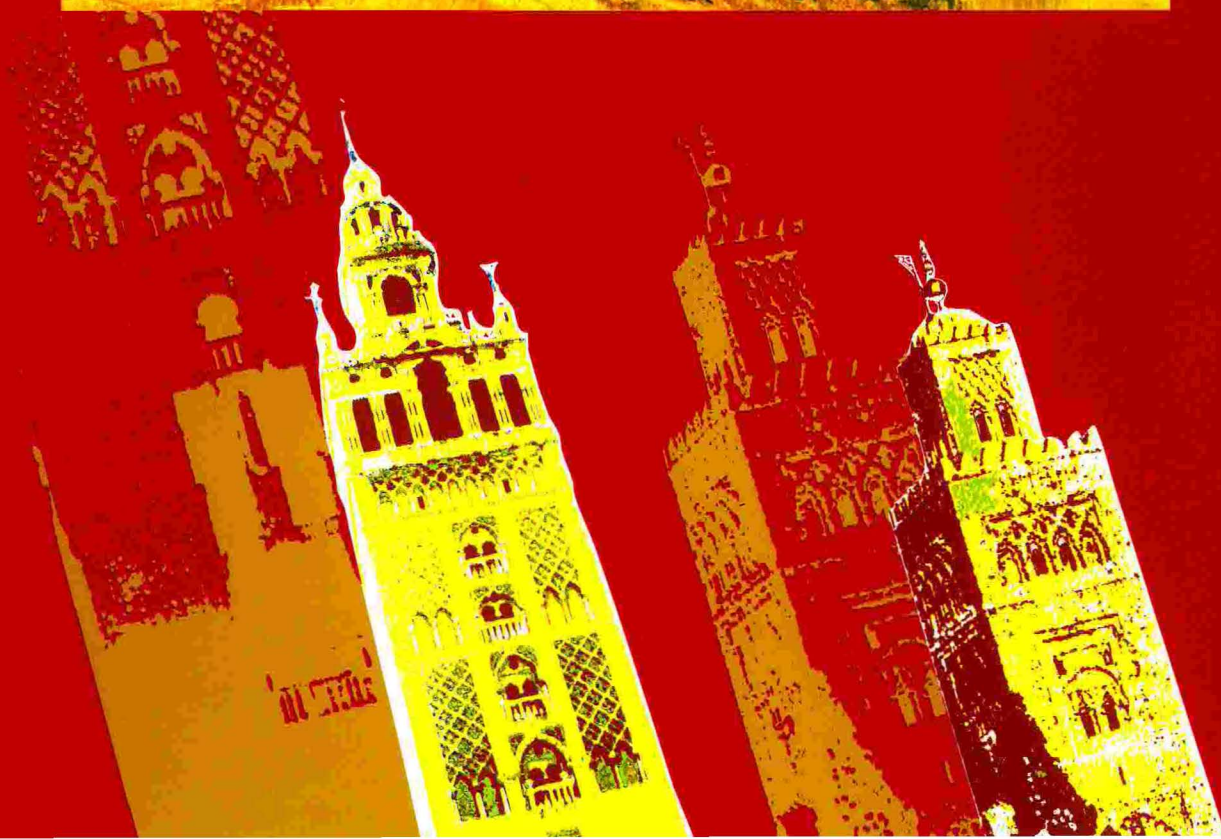
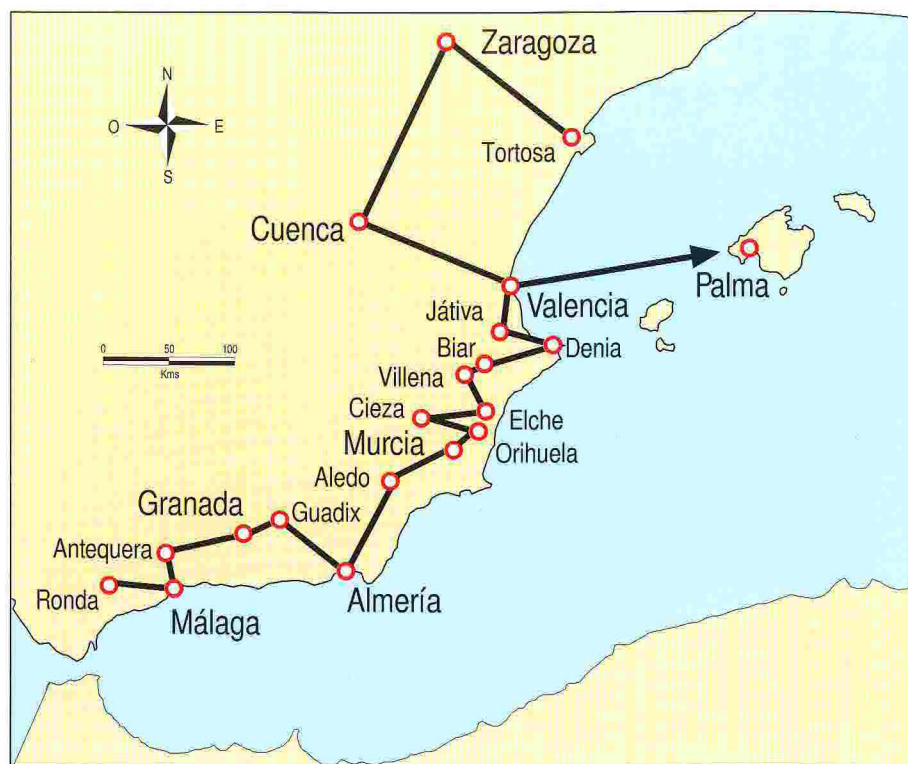


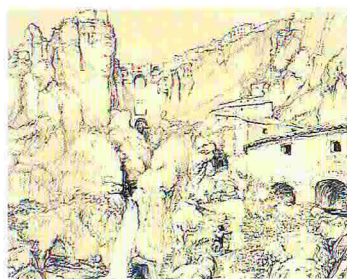
*Itinerario Cultural*

*de Almorávides y Almohades*





## RONDA



Ronda, lugar dilecto  
de los viajeros  
románticos, en un  
grabado de J. Lewis.

En el corazón de la Serranía que por su nombre se conoce, Ronda es uno de esos pocos lugares cargados de historia cuya invocación provoca resonancias cuasi míticas. Asomada con vértigo a su universal Tajo, la ciudad se enorgullece de un pasado islámico que se exterioriza en espléndidos monumentos, pero también en múltiples detalles de todo tipo.

Se emplaza Ronda en una meseta miocénica a unos 720 m. de altura, separada de la costa por la fragosidad de un relieve que tiraniza un clima bastante extremo. Está rodeada por un cingulo de sierras jurásicas: Cartajima al sur; de las Nieves (máxima altitud de la Serranía: Torrecilla, 1.919 m.) al este; Castillejos y Líbar al oeste y una plétora de suaves lomas terciarias que se explayan hacia el norte. El río Guadalevín (*Wadi l-Laban*, río de la leche), afluente por la izquierda del Guadiaro, se interpone por medio de la villa en dirección sureste-noroeste, trazando la profunda garganta del Tajo, caída de más de 90 m. de profundidad.

Tradicionalmente, la *Arunda* mencionada por Plinio junto a la vecina *Acinipo* se suele identificar con la Ronda actual, a pesar de que en la cita se afirma que ambos lugares se sitúan en la *Baeturia* céltica. En realidad, el lugar, en caso de existir como tal en época romana, no pasaría de ser un simple *oppidum* de escasa significación, a tenor de los modestos restos conservados.

Cabeza de una circunscripción provincial, la cora de *Takurunna*, autónoma de la de *Rayya* (Málaga), su primer poblamiento en época islámica fue indu-



dablemente beréber, haciendo alusión a ello, incluso, el propio nombre de la cora. Con todo, la destacada pervivencia del elemento indígena, muladí y mozárabe, con la existencia de distintas familias de notoriedad social capaces de pactar con los recién llegados, permite matizar la anterior aseveración relativa a la homogeneidad del poblamiento.

Entre los beréberes de la comarca, las fuentes mencionan a Abd al-Ala Ibn Awsaya, “señor de la cora de *Takurunna*” en 755-56 cuando reconoció a Abd al-Rahman I al poco de pasar a la Península. Otra familia beréber de *Takurunna*, los Banu Jali, le proporcionarán un contingente de jinetes en número de 400. Beréberes son también los Banu Zayyali, fracción de Nafza, importante familia de funcionarios integrados en el estado omeya desde muy tempranamente.

De la región de *Takurunna* eran también los antepasados del celeberrimo muladí de Bobastro, Umar Ibn Hafsun, trasladados más tarde a la comarca oriental malagueña. La actuación política de éste afectará de pleno a *Takurunna* que anteriormente se había visto sacudida por diversos levantamientos beréberes: el que tuvo lugar en el año 178/794, que supuso la devastación y despoblamiento del país durante siete años; el del año 211/826, capitaneado por Tawril y el del 235/849, reprimida duramente por Abd al-Rahman II.

Para el siglo X, Ronda es ya, a decir de la romanizada versión de al-Razi, una plaza “muy fuerte e muy antigua” dependiente de la cora de Écija. Este último dato se contradice con la entidad administrativa adquirida por la circunscripción de *Takurunna* en las relaciones administrativas contenidas en diversas fuentes árabes de época califal, que siempre la citan como unidad independiente.

Pero las dudas también se extienden a lo que significan los topónimos *Takurunna* y *Runda*. Según Ibn Said, autor del siglo XIII que dedica a Ronda y su alfoz cierto protagonismo al incluirla como cora en el reino (*mamlaka*) de Sevilla, se pueden hablar de tres núcleos de poblamiento destacados en la región ronde-



Ronda se emplaza sobre un espolón abrupto.



ña: una ciudad llamada *Takuruma*, “alcazaba de la cora”, más tarde despoblada; la fortaleza de Ronda, citada como centro de refugio (*maqil*) y, finalmente, el castillo de Onda (*hishn Unda*).

La disolución del Califato de Córdoba y la implantación del sistema taifal tuvo una importante repercusión en la Serranía. Aquí se constituye un pequeño reino gobernado por los Banu Ifran, beréberes llegados a la región en el 405/1014-15, tras haber pasado por Jaén. Gobernaron la ciudad hasta el año 457/1064-65, siendo el principal de sus régulos Hilal Ibn Abi Qurra, quien llevó a cabo una fluctuante política mediatizada por la presencia de vecinos más poderosos, los califas hammudíes de Málaga y los abbadíes sevillanos. La intención abiertamente expansionista de estos últimos le obligó a situarse bajo su protección, lo que no fue óbice para que el mismo Hilal cayese secuestrado en Sevilla en el año 445/1053-54, o de que, mediante soborno, al-Mutadid acabara con el último de estos reyezuelos, de nombre Abu Nasr Futuh, hijo del anterior. Precisamente, la toma de Ronda por los sevillanos va a ser cantada excelsamente por al-Mutamid en diversas composiciones poéticas en las que se realza su inexpugnabilidad.

El mantenimiento de Ronda bajo la égida abbadí durará hasta el año 1091, cuando el hijo de al-Mutamid, gobernador de la ciudad, de nombre Yazid al-Radi la entregue a los almorávides, dirigidos por un prestigioso adalid de su

causa, Garur. El emir zirí Abd Allah relata la cruenta toma por parte de los norteafricanos que se valieron de distintas estratagemas para capturar y asesinar a al-Radi y a un preboste árabe de nombre Abu l-Simsam, apropiándose de sus respectivas fortunas. Asimismo, “dio orden de matar a todos los hombres libres y soldados del ejército regular que fueran hechos prisioneros con las armas en la mano”.

Durante el gobierno almorávide escasean las noticias, pero al finalizar el mismo se sabe que Abu l-Gamr Ibn Azzun se declaró señor de Jerez, Arcos y Ronda, poniéndose del lado del emergente poder almohade. Con la entrada de Ibn Ganiya en Córdoba en 543/1148, el secretario de Ibn Hamdin y de su hijo Idris, de nombre Ajyal Ibn Idris, se refugió en Ronda, su ciudad natal, para intentar erigir un poder independiente en la comarca. Pero pronto sus paisanos, “envidiosos de él”, se apresuraron a entregar el poder a Abu l-Gamr. Cuando Ajyal salió de su encarcelamiento, se fue a establecer en Málaga con Ibn Hassun, para trasladarse a la capital almohade, Marraquech. Saltará más tarde a al-Andalus, desempeñando algunos cargos en Córdoba y Sevilla, ciudad en la que fallecerá entre 1164 y 1166.

Por el biógrafo de Ibn Tumart y cronista de los primeros tiempos almohades, Ibn Baydaq, se sabe, sin embargo, que, pese a estos incidentes, la instalación de los unitarios en Ronda y su Serranía se efectuó pacíficamente: “Ibn Ali de Ronda murió de muerte natural, y la gente de allí acató la doctrina almohade”. Pero esa relativa tran-

Arco de Herradura de  
la Iglesia de Santa  
María la Mayor, Ronda







El río Guadalevin divide en dos la villa, trazando la profunda garganta del Tajo.

quilidad quedaba rota ocasionalmente por expediciones enemigas, como la del año 1170 dirigida por el conde Nuño, quien lanzó “una algarada contra el llano de Ronda y sus montañas y también contra el llano de Algeciras y sus montañas y llegó hasta el mar, y combatió a los musulmanes en aquellas regiones y comarcas y los cautivó y robó sus ganados”. Anteriormente, se relata en el año 563/1168 otra expedición, seguramente de tropas de Ibn Mardanis reforzadas por cristianos que, partiendo de Guadix, alcanzaron la Serranía rondeña, donde saquearon la ciudad “y se apoderaron del ganado vacuno que pastaba y del ovejuno”. La reacción de los almohades no se hizo esperar y cuando los expedicionarios regresaban a Guadix con el botín fueron cercados y derrotados.

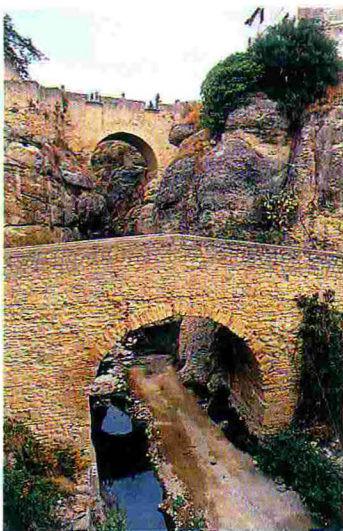
En los años finales del gobierno almohade, Ronda comienza a adoptar auténticas trazas de ciudad, con una fisonomía que se parece más a la de la posterior *medina* nazarí del siglo XIV que a la de un simple centro de refugio de centurias anteriores. Todos los corógrafos y cronistas coinciden en otorgarle una riqueza ganadera casi proverbial, siendo así que al-Zuhri hace llamar a su Serranía “montañas de la lana” (*yabal al-suf*). El propio topónimo Guadalevín puede obedecer a esta dedicación económica. El mismo al-Zuhri afirma que un rey godo llevó agua desde *Yabal Takurunna* hasta Cádiz mediante un acueducto. Al-Himyari, Abu l-Fida, Ibn Jaqan o Qazwini se detienen en describir el rasgo topográfico más visible de Ronda, su encumbramiento en un emplazamiento único, sobre el profundo Tajo.

En tiempos de los primeros nazaríes, Ronda se va a convertir en una plaza meriní. Comienza el cambio cuando, al poco de subir al trono, Muhammad II convocó a la guerra santa a esta dinastía magrebí y a cambio del apoyo prestado, entregó, entre otras, la plaza de Ronda al sultán Abu Yusuf en 674/1275. A partir de entonces los nazaríes llevarán a cabo una política de recuperación y cesión de la capital rondeña y de otras plazas del territorio circundante, mediatizados por una serie de factores: la presión cristiana, los intereses eco-

Según se recoge en algunos textos, Ronda no tenía en esa época tan buena fama como la que goza en la actualidad. Un poeta anónimo del siglo XI, llega a decir en unos versos que *“Es una ciudad que lleva la marca del salvajismo, pues la severidad más desabrida no la abandona nunca / Los que la han visitado alguna vez, después de abandonarla no han tenido intención de visitarla de nuevo / (...) / Su horizonte está siempre brumoso y su plaza llena los corazones de tristeza”*, según recoge Henri Pérès en su obra *Esplendor de al-Andalus*. Sin embargo, el príncipe Ismail Imad ab al-Ayyubi, más conocido por Abu l-Fida, la describió así un siglo después: *“Ronda tiene uno de los castillos más formidables y elevados, que lo coronan las nubes a modo de turbante y como si lo engalanaran con collares dobles de perlas variadas”*.







Puente Viejo  
y puente Árabe.

nómicos de las repúblicas italianas, presentes ahora en la zona, y las expectativas políticas y estratégicas de los meriníes. Todo ello tenía como único objetivo la lucha por el dominio del Estrecho de Gibraltar. La batalla del Salado o de Tarifa en 741/1340, con la victoria castellana, supuso el alejamiento definitivo de los meriníes de las tierras andalusíes, aunque Ronda seguirá todavía un tiempo en su poder. En 760/1359 el sultán Abu Salim envió a la fortaleza rondeña a varios miembros de su familia para que fueran bien custodiados después de haber matado a otros rivales. En ella se instalará, años más tarde, Muhammad V para iniciar desde allí su lucha por recuperar el trono granadino. Gráficas son las palabras de Ibn al-Jatib por aquella época: "Ronda tiene los flecos de su túnica cogidos por sus enemigos".

En el siglo XV, los rondeños vieron con frecuencia como los castellanos se acercaban a sus muros, hasta que, tras un asedio, Fernando el Católico la conquistó el 22 de mayo de 1485. Sólo 700 vecinos quedaban en su interior.

Tal ineludible condicionamiento geomorfológico hacen de Ronda una ciudad única en España y en Europa, al tiempo que ha dificultado históricamente el proceso de expansión urbanística de un emplazamiento casi inexpugnable, ceñido angostamente por el cauce fluvial del Guadalquivir y el arroyo de las Culebras. Solamente, a partir del siglo XIII, experimentó Ronda cierto crecimiento urbanístico por las laderas oriental, occidental y meridional, porque en la septentrional el vacío del precipicio lo hacía imposible, hasta que en el siglo XVIII el crecimiento del Arrabal del Mercadillo obligó a realizar dos monumentales obras, la primera maltrecha y la segunda existente hasta nuestros días, para salvarlo. El monumental Puente del Tajo de Ronda salva una altura de 96 m. sobre el río, enlazando las dos ciudades, la antigua y la moderna. Es obra magna de Juan Martín de Aldehuela.

La *Medina* rondeña arroja una superficie aproximada de 11 ha., cifra a la que se han de sumar las 3'12 del arrabal viejo y las 4 del gran albacar emplazado al oeste. En total, su población osciló entre los 3.000 y los 10.000 habitantes, a tenor de diversos documentos castellanos inmediatos a la conquista. De cualquier manera, parece más lógico pensar en un volumen demográfico más próximo a la primera cuantificación que a la segunda.

A fines del siglo XIII o principios del XIV, cuando ya está plenamente consolidada como ciudad, Ronda contaba con dos arrabales, además de otra área de expansión urbana que se conoce con el nombre, al menos desde el siglo XV, del Mercadillo (*¿Suwayqa?*), al otro lado del puente. Allí había una mezquita.

Los dos arrabales son el Nuevo, protegido al este por la muralla de la puerta de Macabar, y el que Torres Balbás llamará Arrabal Viejo, entre el puente y los baños, por un lado, y el cerro donde a principios del siglo XVI se levantará la iglesia del Sancti Spiritu, situada ya en el arrabal más reciente. A poniente, se extendía un albacar, espacio despejado y protegido por murallas, siendo sus dos extremos la Puerta de los Molinos y el frente meridional de la Alcazaba.

Desde luego, la inaccesibilidad de esta ciudad anterior a los nazaríes estaba garantizada. Por el norte, el precipicio del Guadalquivir era insalvable; al sur, los muros de su enhiesta alcazaba con barbacana exterior protegían el acceso. Sólo se podía llegar a ella por el puente, si bien una vez sobrepasado ante el atacante se interponía una elevada muralla que a manera de barbacana torreada pro-



tegió los muros de la *medina*, detrás de ella. Entre una y otros, un pasillo militar precedido por la única puerta de acceso a la ciudad, la puerta de Azijara o Zixara. La muralla era de sillarejos asentados, mientras que en el Arrabal Nuevo y albacar se empleó el tapial.

La descripción que Pérez de Mesa hace del emplazamiento al poco de la conquista es de gran exactitud, lo que unido a las propias evidencias arqueológicas subsistentes, muy abundantes, permiten dibujar con nitidez los distintos sectores amurallados en el frente oriental. En primer lugar, la muralla exterior del Arrabal, a la vera del Arroyo de las Culebras, de la que perviven tres o cuatro torrecillas de mampostería. Seguidamente, la muralla torreada que ascendía hasta la Alcazaba, con la Puerta de Azijara. Después, la muralla interior colgada de la roca, conformando con la anterior un sistema de doble amurallamiento que debió ser de gran efectividad. Finalmente, las murallas de la Alcazaba que se unían a la cerca de la *medina* bajando para cerrar por el sur el Arrabal Nuevo de la Puerta de Macabar. Durante el siglo XIV, bajo la égida de los meriníes, todo el conjunto debió experimentar una serie de mejoras, enriqueciéndose con nuevas construcciones ordenadas por el sultán Abu l-Hassan, a tenor de lo que afirma Ibn Marzuq en el *Musnad*: “También en Ronda hay construcciones de nueva planta que se levantan por orden suya /de Abu l-Hassan/; fortalezas bien guardadas y altas torres, pozos abundantes, *zawiya-s* y *jan-es*”.

En lo tocante a las puertas, se conocen con detalle varias de ellas. La puerta de Macabar (*Bab Maqabir*) se fecha entre el siglo XIII e inicios de la centuria siguiente. Fue conocida también, según algún documento castellano, con el nombre de Puerta de la Villa, por ser la principal entrada a la ciudad. A sus pies, como indica la denominación que en árabe recibió (*maqabir*, cementerio), creció la principal necrópolis islámica de Ronda. Presenta cuatro mochetas, incluyendo en el espacio intermedio la buharda. Custodiada por dos torreones semicirculares, exhibe arco de herradura exterior con impostas de nacelilla.

Coetánea a ésta es la de los Molinos, también llamada del Cristo. Daba ingreso al albacar, recinto rodeado por muros de tapial que llegaba hasta el Arco del Viento, acceso secundario a este espacio. La muralla se edifica con tramos escalonados para evitar el dispendio que supone la construcción de torres. Otras puertas son la del Puente (*¿Bab al-Qantara?*) y la de Azijara, emplazada en el arranque de un pasadizo acotado entre murallas. La más elevada era la puerta que conectaba el Arrabal Viejo y la *Medina*. Otra unía ambos arrabales y finalmente, la entrada a la ciudad desde el albacar.

Diversos testimonios coinciden en el pésimo abastecimiento de agua de tan enhiesta plaza, lo que obligó a habilitar un pasadizo o mina de más de cien escalones para alcanzar el río Guadalevín. En la entrada de la mina, una torre protegía el estratégico lugar, constituyendo ambas un dispositivo muy similar al de una coracha característico de otras ciudades andalusíes.

De los elementos interiores de la *medina* se tiene abundante información. En el *Asiento de las Cosas de Ronda* se habla de unos veinte oratorios de reducidas dimensiones

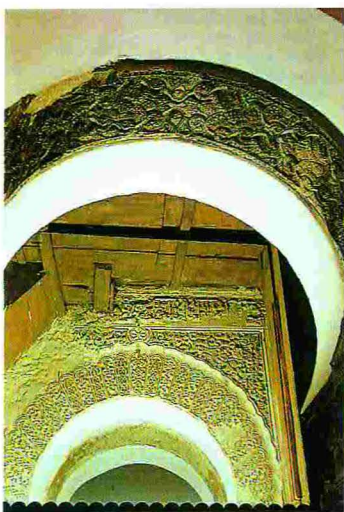


Detalle de las murallas con la iglesia del Espíritu Santo al fondo.

Antigua muralla de Ronda.







Alminar de San  
Sebastián e interior  
de la iglesia de Santa  
María la Mayor.

y de carácter privado. Las mezquitas más significativas serían aquellas que Hernández del Pulgar dice que se consagraron, correspondiéndose con las collaciones cristianas de Sancti Spiritu en el Arrabal Nuevo, Santiago Apóstol, San Juan Evangelista y San Sebastián. De esta última se conserva un alminar de planta cuadrada, con 2'60 m. de lado. Sobre un primer cuerpo construido íntegramente con sillares de piedra, se levantan otros tres, dos islámicos y cristiano el tercero, de ladrillo. En la segunda planta, parte una escalera en torno a un machón central cuadrado. El acceso interior se realiza a través de una escalera exterior que conduce al segundo piso. De cronología oscilante entre el siglo XIII o el XIV, es el alminar más pequeño de cuantos restan en al-Ándalus.

Como morabito intramuros subsiste el de la Casa de Santa Pola, en la cima del acantilado sobre el Guadalquivir. Se trata de un pequeño edificio rectangular dividido en dos salas cubiertas con bóvedas vaídas, enteramente construido en ladrillo. Rábitas extramuros debieron ser la mezquita nombrada en el *Asiento*, debajo de la Puerta de los Molinos, y también posiblemente la mezquita del Mercadillo.

La Mezquita Mayor se elevaba próxima a la Alcazaba. A sus espaldas, tenía la alhóndiga. Sobre una y otra se construyó en el siglo XV la iglesia de Santa María la Mayor. Debió contar con cinco naves. Su superficie alcanzaría los 600 m<sup>2</sup>, con 26 m. de anchura, configuración similar a la que tuvo la Aljama de *Madinat al-Zahra*. De su fisonomía islámica conserva el frente del *mihrab* decorado con excelentes yeserías del siglo XIII o XIV, desarrollando inscripciones coránicas y la *qubba* en el ángulo suroeste de la *qibla*, con planta cuadrada y segundo cuerpo octogonal o linterna, también con esa fechación.

La arquitectura residencial andalusí ofrece dos magníficos ejemplares áulicos en el centro de la *Medina*, no lejos de la Aljama. Una, la llamada de los Gigantes, sita a espaldas de aquella, ocupa unos 300 m<sup>2</sup>, de los que noventa corresponden al patio, organizado en torno a una alberca central y con pórticos que presentan columnas en sus lados menores, el del testero dando paso a un salón alargado. En él se desarrolla un programa decorativo en las yeserías parecidas a algunas de la Alhambra. Ello permite fechar el conjunto palaciego en el siglo XIII, como magnífico ejemplar de la transición del mundo almohade al protonazarí.

Peor suerte en lo que respecta a su conservación corrió la que se conoce con el nombre de casa de Abomalik, nombre que procede de la tradición popular que atribuye su construcción a aquellos gobernantes norteafricanos. De ella apenas si han llegado a nuestros días unas cuantas yeserías y varios soportes (capiteles, basas). Digno de mención es el espléndido arco de mocárabe instalado en una de las habitaciones distinguidas de la casa. Acortinado y cobijado por otro arco de medio punto peraltado, extendiéndose entre uno y otro palmetas y roleos, nos lleva al universo arquitectónico anterior a la Alhambra, de la primera mitad del siglo XIII.

Finalmente, merecen ser destacados los baños. Si el *Asiento* se refiere a cuatro, en la actualidad sólo se ha conservado los del Arrabal Viejo, vinculados a una mezquita próxima. Asimismo, la existencia en sus inmediaciones de unas tene-rías se justifica por la abundancia de aguas en este sector, ribera del arroyo de las Culebras. El *hammam* del Arrabal Viejo es un edificio rectangular que mantiene un sorprendente estado de conservación, ajeno al paso del tiempo. Se reconocen en él las tres salas características de los baños islámicos públicos. Una, gran-





Puertas de la Azijara,  
arriba a la izquierda;  
de Almocábar, abajo  
a la izquierda,  
y de los Molinos  
o del Cristo.

de, en el centro, dividida a su vez por arcos de herradura en tres naves cubiertas con bóvedas de medio cañón, más alta la central. Los compartimentos de los extremos se cubren con cúpula de ladrillo sobre pechinas. A sus costados, las otras dos naves también se cubren con bóvedas de medio cañón. Conservan tanto una como las otras los tragaluces. Al norte se abre la entrada y un patio rectangular con columnata deteriorada en torno a una pequeña alberca. El agua necesaria para abastecer los baños se extraía del arroyo de las Culebras mediante una noria que la vertía en un sistema de canalillos. De muros de tapial y mampostería, algún pequeño sector conserva el mármol. Su cronología fluctúa entre mediados del siglo XIII y primera mitad del XIV.

Los personajes más destacados de la zona fueron, desde el principio de la conquista musulmana, beréberes y muladíes, que pervivieron, en algunos casos, incluso hasta los últimos momentos del Islam andalusí. Del siglo XII al XIV, miembros de la tribu de Nafza constatan aún esa presencia beréber en



Ronda, siendo los más célebres el maestro y tradicionista, Muhammad al-Nafzi al-Rundi (m. 514/1120); el excelente poeta y sufí, más conocido por Abu l-Baqa al-Rundi, autor entre otras obras del *Rawda al-Uns wa-nuzha al-Nafs* (m. 684/1285) y Muhammad Ibn Abbad, famoso místico (m. 792/1390). Junto a ellos, empiezan a aparecer familias árabes aquí establecidas, a partir sobre todo del siglo XI, pues la inclusión de la Serranía en el ámbito sevillano, durante el gobierno de los abbadíes, produjo una afluencia de ciertas familias influyentes de la ciudad del Guadalquivir que se instalan en Ronda. Especial significancia tuvo la de los Banu l-Hakim, del linaje árabe de Lajm, a la que pertenecían Abd al-Rahman Ibn Muhammad Ibn Yahya Ibn Said Ibn Muhammad al-Lajmi, Ibn al-Hakim (m. 673/1274) y su hijo, visir del sultán nazarí Muhammad III, el poeta rondeño Muhammad Ibn al-Hakim. También de origen árabe, es la familia de Abu l-Simsam que fue asesinado por el primer gobernador almorávide que conquistó Ronda. Del linaje de Azd, el miembro más sobresaliente fue el lector coránico Umar Ibn Abd al-Mayid Ibn Umar al-Azdi (m. 616/ 1213) y a Yudam pertenecería el cadí nazarí Yusuf al-Yudami al-Muntisaqiri. Otras personalidades célebres de Ronda que merecen ser citadas son: Muhammad Ibn Ubayd Allah Ibn Ahmad Ibn Galib Ibn Nasr Ibn Salim al-Jushani al-Rundi, conocido por Ibn al-Awis, almocrí y gramático (m. 576/1180); Ubayd Allah Ibn Asim Ibn Isa Ibn Ahmad al-Asdi, predicador e imán de la Mezquita Mayor (m. 635/1237) e Isa Ibn Sulayman Ibn Abd Allah Ibn Abd al-Malik Ibn Abd Allah Ibn Muhammad al-Ruayni, célebre literato (m. 632/1234).



Baños del Arrabal Viejo.